



ET PENSAR COMO CIENCIA

Henry Hazlitt

¿Cómo evitar las divagaciones? ¿Qué significa el prejuicio en el contexto del pensamiento? ¿Es el leer más ilustrativo que el pensar? Este libro de fácil lectura proporciona las respuestas, a menudo sorprendentes, a esos y otros muchos interrogantes.

Henry Hazlitt analiza el arte de la concentración, que es la condición *sine qua non* del pensamiento productivo, y la forma en que la escritura fija las ideas, venciendo la natural fugacidad de estas.

PREFACIO

ESTE libro se publicó por primera vez hace cincuenta y tres años^[1], en 1916. El autor tenía entonces veintiuno de edad. En el más de medio siglo pasado desde que apareció aquella primera edición el conocimiento humano se ha «expandido», sobre todo en el ámbito de la ciencia y la tecnología, a una velocidad que no tiene precedentes en la historia. Yo también espero haber aprendido, en el mismo lapso, mucho más que lo que sabía cuando escribí el libro.

De modo que cuando el nuevo editor me sugirió que volviera a publicarlo me sentí muy halagado, pero a la vez, y sobre todo al principio, muy alarmado: asustado ante la perspectiva de exponer mis ideas juveniles, haciéndome no obstante responsable por ellas.

Releí el libro pensando que quizá bastaría con hacerle alguna que otra pequeña corrección a fin de actualizarlo. Descubrí que si quería que el nuevo volumen pusiera al lector en contacto con los valiosos aportes que se han agregado al tema durante el último medio siglo y que además reflejara fielmente mis ideas actuales, había que hacer algo más que corregirlo: tendría que escribir una obra enteramente nueva.

Pero en el curso de la revisión hice otros dos descubrimientos. Comprobé ante todo que mi libro no estaba tan pasado de moda como había temido. Ello se debía, por lo menos en parte, a la naturaleza misma del tema. La mitad del arte de pensar se reduce a respetar escrupulosamente los principios lógicos y matemáticos. Y esos principios no cambian. Es mucho lo que se ha incorporado a la lógica

desde la época de Aristóteles y mucho más lo que se ha agregado a la geometría desde el tiempo de Euclides. Pero ni la lógica aristotélica ni la geometría euclidiana están perimidas. Si todos los hombres son mortales y Sócrates es hombre, continúa siendo apodíctico que Sócrates tiene que ser mortal. Dos entes iguales a un tercero continúan siendo iguales entre sí. Dos más dos siguen sumando cuatro. El cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo continúa siendo igual a la suma del cuadrado de los catetos.

El rápido desarrollo experimentado por la lógica durante el último siglo no ha demostrado que la lógica aristotélica no sirva. Lo que ha ocurrido es que, para decirlo con las palabras del filósofo norteamericano Morris R. Cohen: «Si bien los elementos esenciales de la lógica aristotélica no han sido derribados ni conmovidos, los trabajos de Boole, Peirce, Schröder, Frege, Russell, Whitehead y una multitud de colegas más han producido un cálculo de clases y otro de proposiciones respecto de los cuales la teoría aristotélica del silogismo no ocupa más que una minúscula parcela»^[2].

Lo mismo podría decirse de la geometría de Euclides. Contrariamente a lo que suponen muchas personas que solo tienen un conocimiento superficial del tema, las diversas geometrías no euclidianas no han desautorizado la geometría euclidiana, sino que la han complementado. La nueva matemática no ha desplazado a la antigua, sino que la ha colocado en un contexto más vasto. Cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo no desmintió la existencia del Viejo.

Del mismo modo, casi todo lo que se ha descubierto en el último medio siglo sobre el arte de pensar enriquece, pero no anula, lo que ya se sabía. El libro de John Locke, *Conduct of Understanding*, si bien se publicó en 1706, todavía contiene muchos materiales de inestimable valor. Lo mismo se aplica a los clásicos incluso anteriores de los grandes filósofos: el *Novum Organum* (1620), de Francis Bacon; el *Discours de la méthode* (Discurso del método,

1637), de René Descartes, y sus *Regles pour la direction de l'esprit* (Reglas para la dirección del espíritu, 1629); y el *Tra-tado sobre la reforma del entendimiento* (1662), de Baruch Spinoza.

He dicho hace un momento que al releer mi original hice dos descubrimientos. El segundo, íntimamente vinculado a la comprobación de que mi libro no estaba tan obsoleto como había temido, fue el siguiente: aunque es cierto que si hoy tuviera que escribir sobre el mismo tema pensaría en confeccionar un libro completamente nuevo, el reciente solo eclipsaría al antiguo en muy escasa medida. Porque lo que querría escribir hoy sería un curso *superior* sobre el arte de pensar, en tanto que el primero fue en realidad un curso preliminar. Un libro sobre álgebra no descalifica necesariamente a un libro sobre aritmética, y el álgebra superior no reemplaza al álgebra elemental, sino que edifica sobre la base que ella le suministra.

En consecuencia, al presentar esta nueva edición de mi libro, opté por una solución intermedia: introduje en el texto original modificaciones mínimas, que se podrían haber redactado en una página o dos. La mayor parte de ellas son de índole puramente formal, y pertenecen a la categoría de las que habría introducido en ocasión de una nueva corrección de pruebas de la primera edición. En lo que al fondo se refiere, he conservado muchos asertos que hoy me gustaría cambiar, y su enmienda ha quedado relegada al epílogo.

Pienso que el criterio elegido tiene varias ventajas. Permite que el lector sepa cómo fue el libro en su primera edición.

Y aunque tengo plena conciencia de las múltiples limitaciones de mi obra de juventud, sospecho que posee algunas virtudes que quizá se le escaparían a un libro totalmente nuevo que yo pudiera escribir hoy acerca del mismo tema. Entre ellas cabría consignar su entusiasmo juvenil, su tendencia a encarar el pensamiento como una gran aventu-

ra, como una expedición audaz en la que se invita a participar al lector. Mi intención primordial fue la de enseñarme a *mí mismo* a pensar con más eficiencia, autonomía y, de ser ello posible, originalidad. Ya había intuido que «Quien enseña, aprende». Estaba decidido a ser muy honesto con mi lector y a no emplear con él ningún argumento que no me convenciera a mí mismo, así como a no proponerle ningún método o técnica que yo no hubiera experimentado o, por lo menos, que no pensara experimentar por mí mismo. En aquella época desconfiaba tanto como ahora de la pura retórica y de todo voluntarismo del género «puedes-hacer-todo-aquello-en-lo-que-te-empeñes». Espero que mi entusiasmo y emoción se hayan contagiado a algunos de mis primitivos lectores.

Esta ha sido una de las razones de que haya introducido cambios mínimos en la primera edición y optado más bien por añadir, a modo de epílogo, una reseña bastante extensa de las modificaciones y agregados que haría hoy si hubiese de escribir un libro totalmente nuevo sobre el tema. En vez de «Epílogo», ese nuevo material podría haberse titulado incluso «Segunda parte». El orden elegido tiene, además, una ventaja innegable para el lector: coloca el «Curso superior» donde corresponde, o sea a continuación del «Curso elemental».

El autor también se beneficia con este ordenamiento. Si el lector encontrará en el texto original algo de lo que discrepase radicalmente, la existencia del apéndice podría atenuar o aplazar su irritación induciéndolo a pensar: ¡Espera, espera! ¡Quizá todo se arregle en el epílogo!

HENRY HAZLITT

LA QUIEBRA DEL PENSAMIENTO

TODOS sabemos que en el mundo hay males que es necesario subsanar. Todos tenemos ideas muy categóricas acerca de la naturaleza de esos males. Pero la mayoría de nosotros opina que uno de ellos, en particular, se destaca vívidamente por encima de los demás. En verdad, algunos ven ese mal con tanta nitidez que olvidan todos los restantes, o los interpretan como consecuencias naturales de lo que a su juicio es el mal primigenio.

El socialista piensa que ese mal es el sistema capitalista; el partidario de la Ley Seca opina que es la intemperancia; la feminista asegura que es el sometimiento de las mujeres; el sacerdote conceptúa que es el debilitamiento de la religión; el pacifista cree que es la guerra; el republicano fanático, que es el Partido Demócrata, y así sucesivamente, hasta el infinito.

También yo tengo mi mal favorito, al que en los momentos de mayor vehemencia tiendo a atribuir todos los demás. Ese mal es la quiebra del pensamiento. Y cuando digo pensamiento me refiero al pensamiento real, autónomo, riguroso.

Usted protesta. Dice que hoy los hombres piensan más que nunca. Saca el anuario para demostrarme con estadísticas que el analfabetismo está en baja. Señala nuestras magníficas bibliotecas. Destaca la proliferación de libros. Demuestra, sin dejar asomo de duda, que actualmente se lee más que en cualquier otro momento de la historia.

Así es, en efecto. Pero ahí está precisamente el problema. La mayoría de la gente, cuando tropieza con un proble-

ma, experimenta en seguida el deseo irreprimible de «informarse» al respecto. Cuando esas personas se atascan mentalmente, lo primero que hacen es correr en busca de un libro. Confiéselo. Al ver en una sala de espera o en un vagón de ferrocarril que todos cuantos lo rodean están leyendo y que usted no tiene material de lectura, ¿no ha experimentado a menudo el deseo de tenerlo... es decir, de poseer algo en que «ocupar la mente»? ¿Y se le ocurrió alguna vez que usted posee la facultad de ocupar su mente y de hacerlo con mucho más provecho que el que sacan todos esos asiduos lectores? En síntesis, ¿alguna vez se le ocurrió a usted *pensar*?

Claro que usted ha «pensado»... en cierto sentido. Por pensar se entienden muchas cosas diferentes. Es posible que haya mirado por la ventanilla del tren al deslizarse a lo largo de un prado y que haya imaginado que aquel podría ser un campo excelente para jugar al béisbol. Entonces «pensó» en cuando usted jugaba al béisbol, quizá «pensó» en un determinado partido, «pensó» en cómo realizó una jugada espectacular o falló lamentablemente, y en cómo un día empezó a llover en medio del partido y el equipo se había tenido que refugiar en el cobertizo de los coches. Entonces «pensó» en otros días de lluvia que por una u otra razón se hicieron particularmente vividos, o quizá su mente pasó a considerar el estado del tiempo que imperaba en aquel momento y su probable duración... Y, claro está, en cierto sentido usted «pensaba». Pero cuando empleo yo la palabra pensar me refiero al pensamiento que se encamina hacia una meta, que persigue un fin, que trata de elucidar un problema. Me refiero a la forma de pensamiento que estamos obligados a practicar cuando decidimos el plan que adoptar, cuando elegimos tal vez el trabajo al que habremos de consagrarnos durante todo el resto de nuestra vida; al tipo de pensamiento que nos imponían en nuestra juventud cuando teníamos que resolver un problema matemático o cuando estudiábamos psicología en la universidad. No

me refiero al «pensamiento» fragmentado, ni al hecho de sustentar opiniones minúsculas sobre esto o lo otro. Me refiero al pensamiento que encara problemas importantes ajenos al ámbito de nuestro estrecho bienestar personal. Esa es la forma de pensamiento que hoy es tan poco usual... ¡y que necesitamos desesperadamente!

Es cierto que antes de revivirlo, es imprescindible estimular el deseo de pensar. Hay que estimular el deseo de pensar por el mero placer de hacerlo, el afán de resolver problemas por el solo gusto de resolverlos. Pero no basta el solo deseo de pensar, cualesquiera que sean sus méritos. Tenemos que saber cómo pensar, y para ello debemos inquirir las reglas y la metodología que más nos ayuden a pensar de modo creador, original y, no lo olvidemos, seguro y correcto.

En lo que menos piensa el hombre, cuando piensa, es en sus propios pensamientos. Todo hombre sensato comprende que la perfección de un instrumento mecánico depende en gran parte de la perfección de las herramientas con que se lo ha confeccionado. Ningún carpintero pretendería obtener una tabla perfectamente lisa después de haberla cepillado con una garlopa mellada. Ningún fabricante de motores pretendería producir un buen equipo sin la ayuda de los mejores tornos disponibles. Ningún relojero tendría la pretensión de armar un cronómetro absolutamente exacto sin contar con las herramientas más delicadas y precisas para ajustar los engranajes y tornillos. Antes de fabricar un instrumento, todo especialista piensa en las herramientas con que habrá de producirlo. Pero los hombres reflexionan continuamente sobre los problemas más complejos y que para ellos tienen vital importancia, pretendiendo obtener soluciones satisfactorias sin detenerse a pensar siquiera en los recursos utilizables para ello; su propia mente, la herramienta por excelencia que habrá de darles esas soluciones. Este hecho bien merece la pena aunque no sea más que de una cierta reflexión sistemática.

He aquí algunos comentarios que Ella Wheeler Wilcox hizo a este respecto: «El pensamiento humano está todavía tan desordenado y embrollado como el lenguaje lo estaba antes de la aparición del alfabeto, la música antes del descubrimiento de la escala, la imprenta antes de Gutenberg, o la matemática antes de que Pitágoras formulara sus leyes», «La sistematización del pensamiento», agrega, implicaría «un progreso mayor que todos los otros, porque haría por la educación, la sanidad, la economía, el gobierno, etcétera, lo que el alfabeto hizo para el lenguaje, los tipos movibles para la imprenta y la literatura, la escala para la música y las reglas aritméticas para el cálculo. Puesto que en su terreno específico es el equivalente exacto de todos esos elementos, conseguiría, como ellos, poner orden en el caos».

Pienso que Ella Wheeler Wilcox exageraba. Digamos al pasar que no pretendo haber descubierto nada nuevo. Pero la importancia del tema justifica la enunciación en los términos más científicos posibles.

Ruego al lector que no se asuste. La ciencia no exige necesariamente tubos de ensayo y telescopios. Hablo de la ciencia en su acepción más amplia, que es ni más ni menos que la que la presenta como simple conocimiento organizado. Si queremos descubrir reglas y métodos de procedimiento, tienen que emanar de alguna fuente, deben asentarse sobre determinados principios, y estos solo pueden detectarse mediante la investigación atenta y sistemática.

En verdad, se puede argüir que se piensa mejor cuando se desechan todas las «reglas», cuando no se presta atención al método. Pero quien sustenta semejante criterio se ve forzado a dar razones, y apenas intenta hacerlo linda peligrosamente con la ciencia respectiva. En síntesis, hasta la elucidación de este problema forma parte de la ciencia del pensar.

¿Y cuál ha de ser la naturaleza de esta ciencia?

Para nuestros fines, las ciencias se pueden dividir en dos categorías: *positivas* y *normativas*. La ciencia positiva investiga la naturaleza de las cosas en su realidad, tal como son. Se ocupa solo de cuestiones objetivas. La física, la química, la psicología, son ciencias de esta índole. La ciencia normativa estudia las cosas tal como deben ser. Según lo indica su nombre, procura fijar una *norma* o pauta a la que debemos atenernos. Estudia los medios idóneos para conquistar los fines deseados. La ética, la educación, la agronomía, son ciencias de esta clase.

Con excepción de la ética, las ciencias normativas reciben casi siempre el nombre de «artes» o «ciencias aplicadas». Yo impugno técnica, pero vigorosamente, ambos términos. El de «arte» no sirve para designar un código de reglas organizadas para la ejecución de algo, toda vez que por «arte» también se entiende la ejecución práctica de ese algo. Y dicha ejecución se puede consumir, y se lo hace a menudo, sin conocimiento alguno de las reglas que la gobiernan. Es posible que un individuo domine el arte de la natación, o sea, que sepa nadar, sin ninguna instrucción previa, sin ningún conocimiento de la forma en que debe colocar el cuerpo, los brazos y las piernas: fenómeno este que también puede darse en un perro.

Censuro asimismo el empleo de la expresión «ciencia aplicada» porque a mi juicio da a entender que la ciencia a la cual se refiere descansa sobre una sola ciencia positiva. Por lo que sé, esto no se da en ninguna de las presuntas ciencias aplicadas. La higiene no depende solo de la fisiología, sino que tiene que extraer algunas de sus reglas de la química de los alimentos, así como de las ciencias de la sanidad y la ventilación, que a su vez son normativas. La agronomía se asienta no solo sobre la biología y la botánica, sino también en la química y la meteorología.

La ciencia del pensar será, pues, si existe, una ciencia normativa. Su objetivo es descubrir aquellos métodos que nos ayuden a pensar constructiva y correctamente.

Haremos una última distinción, para terminar con los prolegómenos. Hay otras dos ciencias con las cuales se puede confundir la ciencia del pensar: positiva una y normativa la otra.

La positiva es aquella rama de la psicología que se ocupa del raciocinio y examina las bases de la certeza. Al inquirir las reglas del pensar acudimos a menudo a esta ciencia, pero no será ella la única que utilizaremos ni tampoco constituirá el tema central de este libro.

La ciencia normativa con la cual puede confundirse la ciencia del pensar es la lógica. De hecho, en no pocas oportunidades se ha definido a la lógica como la ciencia del pensar. Para los fines que aquí nos proponemos la lógica forma en efecto parte de la ciencia del pensar, pero no será ella la parte que encaremos principalmente. Su función primordial es negativa: apartarnos del error. La parte de la ciencia del pensar que a nosotros nos interesa es la que expone las reglas positivas que nos ayuden a convertirnos en pensadores creativos...

Nuestra nave enfila hacia el puerto de la Verdad. Nuestra mente es el motor, la ciencia del pensar es la hélice y la lógica, el timón. Sin nuestro motor, o sea la mente, la hélice de la ciencia del pensar, que trasforma eficazmente nuestra energía mental en movimiento, no serviría para nada. Sin la hélice, que suministra movimiento, el timón de la lógica sería inútil. Necesitamos de las tres para llegar a destino.

Y ahora me veo precisado a pedir un poco de paciencia. Los dos primeros capítulos dedicarán mucho espacio al método y los métodos. Hablarán de la clasificación y de muchos otros temas que fastidian al hombre común o que, por lo menos, no cautivan su interés. Pero es necesario aclarar y fijar bien esas cuestiones para que nuestro estudio sea completo.

PENSAR CON MÉTODO

EN las raras oportunidades en que pensamos, casi todos lo hacemos mal. Cuando tropezamos con una dificultad intelectual, procuramos librarnos de ella mediante cualquier recurso manejado a tientas. Hasta los pocos que de vez en cuando pensamos por el puro placer de pensar, lo hacemos generalmente sin prestar atención al método... En verdad no tenemos a menudo conciencia de que el método pudiera gobernar nuestro pensamiento. ¿Pero qué se entiende por método? Quizá lo mejor sea dar un ejemplo.

Por una razón u otra alguien concibe la idea de que en nuestras escuelas y universidades no se enseñan las asignaturas apropiadas. Se pregunta cuáles deberían ser en realidad. Reflexiona sobre lo inútil de sus conocimientos de griego y latín. Decide que habría que eliminar esas disciplinas. Piensa luego que si hubiera poseído nociones de contabilidad le habría resultado más fácil desempeñarse en sus negocios y llega a la conclusión de que los programas deberían incluir esa asignatura. Hace poco tiempo ha recibido una carta de un amigo universitario con algunos errores de ortografía. Tiene la certeza de que esta rama del conocimiento ha sido también injustamente descuidada. O le impresiona la repercusión que tienen entre los pobres algunas teorías erróneas acerca del dinero, y opina que todo el mundo debería recibir clases intensivas de economía y finanzas. Y así continúa discurrendo de unos temas a otros.

Comparemos esta forma de pensamiento, remitida al azar y desprovista de rumbo, con la del individuo metódico. Este encara la misma situación general que preocupó al

primero, pero cambia los términos del problema. Empieza por preguntarse cuál es su objetivo. Descubre que lo que más le interesa es averiguar cuál es el conocimiento más valioso, y no cuáles son las asignaturas que deberían enseñarse en las escuelas. Se plantea el problema categóricamente en estos últimos términos. Después comprueba que el problema —¿cuál es el conocimiento más valioso?— implica que lo que se desea en realidad no es discriminar las materias valiosas de las que no lo son, sino establecer el valor *relativo* de ellas. Evidentemente, el paso siguiente consistirá en descubrir un patrón que permita determinar el valor relativo de las materias. Supongamos que cree encontrarlo en la medida en que el conocimiento de ellas contribuye a hacer del ser humano un ente más completo. Pues bien, una vez tomada esta decisión, pasa a clasificar por orden de importancia las actividades en que se manifiesta la existencia humana, y luego clasifica las asignaturas desde el punto de vista de la preparación que suministran para esas actividades^[3].

Es superfluo aclarar que los resultados que obtendrá este pensador metódico serán infinitamente más satisfactorios que los que habrá obtenido su colega desorganizado. En consecuencia, pues, el método es esencial. ¿Pero cómo aplicarlo en todos los casos?

Hay infinidad de métodos, y en muchos casos el problema exige un método totalmente exclusivo, pero aquí nos proponemos encarar solo aquellos que tienen una aplicación más general.

Sin embargo, antes de ocuparnos de los métodos que sirven para pensar, convendría que nos preguntáramos qué es el pensamiento. Como ya dijimos, el término se emplea en forma imprecisa, para designar una vasta gama de procesos mentales. Estos se pueden dividir toscamente en memoria, imaginación y razonamiento. Solo nos ocuparemos del último. Admito que es conveniente al desarrollo tanto de la memoria como de la imaginación. Pero ni la una ni la

otra forman parte del tema de este libro. Por «pensar» entiendo yo «razonar».

Y lo que nos proponemos ahora es investigar la naturaleza de este proceso.

Los psicólogos modernos nos dicen que todo razonamiento parte de la perplejidad, la vacilación, la duda. «El razonamiento emana siempre de un deseo frustrado»^[4].

Es esencial que lo recordemos. La concepción que acabamos de enunciar difiere de la común más de lo que a primera vista parece. *Si alguien lo supiera todo, no pensaría.* Nada lo intrigaría jamás, sus deseos jamás se sentirían frustrados, nunca dudaría ni se encontraría perplejo, no tendría problemas. Si suponemos que Dios es Omnisapiente, no cabe concebirlo como Ser Pensante. El Pensamiento es privilegio de los seres de inteligencia finita.

Si quisiéramos estudiar el origen y la evolución del pensamiento, descubriríamos sin duda que el pensamiento nació precisamente así: de un deseo frustrado. Si nuestras vidas y las de nuestros antepasados animales se hubieran deslizado siempre plácidamente, si todos los deseos se hubieran visto satisfechos en seguida, si en ninguna de las empresas se hubiera tropezado con obstáculos, el pensamiento jamás habría aparecido sobre nuestro planeta. Pero la adversidad le dio origen.

Haga cosquillas a una rana en la pata izquierda y su pata derecha se levantará inmediatamente para rascarse. Es lo que los psicólogos llamarían un «reflejo». No interviene absolutamente ahí ningún pensamiento: la rana reaccionaría del mismo modo aunque le extirparan el cerebro. Y si le hacen cosquillas en la pata derecha es la izquierda la que se alza para rascarse. Pero si le cosquillean ambas patas a la vez no puede levantarlas para frotar la una contra la otra. Ello le resulta físicamente imposible. En ese momento surge para ella una dificultad. La rana vacila y piensa. Tras una ponderada deliberación resuelve el problema: deja quieta la pata izquierda mientras la rasca con la derecha y a conti-